

Requiem para un amigo . . .

VALENTIN SILVA MELERO

Catedrático de Derecho procesal y Magistrado del Tribunal Supremo

Creo que fue EMIL LUDWIG, en su "Autobiografía de un biógrafo", quien calificó a la amistad como algo sagrado, y también excepcional, naturalmente con referencia a la auténtica y verdadera, y no a la que se reconduce a meras fórmulas epistolares.

Pienso que es verdad también, que la expresión "amigo" no debería ser empleada más que en raras ocasiones, pero se me permitirá sin embargo, que en esa coyuntura, me atreva a decir, que con la muerte del profesor Quintano Ripollés yo he perdido un amigo, y si me atengo a la valoración aludida, fácil será deducir lo que ello ha representado para mí.

Por eso al corresponder al honor que me dispensa la Dirección del Anuario, de incluirme entre los prestigiosos colegas, que rinden en este fascículo homenaje al que fue ilustre Maestro de la Universidad de Madrid, es lógico que no pueda sustraerme a la actualización de recuerdos, acontecimientos, vivencias y añoranzas, ya que dados los vínculos que nos unieron a lo largo de casi cincuenta años de una amistad sin eclipses, predomine en mi memoria mucho más el hombre que la obra

* * *

Las noticias que he podido reunir sobre el abolengo de la familia Quintano se remontan al siglo XIV, según resulta de Expedientes de Ordenes Militares que se instruyeron a vástagos de este linaje y los antecedentes sobre el origen del apellido y los blasones nos retrotraen a los tiempos de la Reconquista. El lugar de procedencia se localiza en Quintanamace, antigua aldea de Medina de Pomar, en la provincia de Burgos, y en el primer Escudo familiar aparece ya un león, signo, sin duda, de la bravura demostrada en la pelea.

Después, a lo largo de los siglos, los sucesores, aparecen en las páginas de la Historia española como Alcaldes, Capitanes de los Tercios de Italia, Caballeros de Calatrava o Santiago, Almirantes, Maestros de Campo, Procuradores en Cortes o Regidores. Añadimos un Cardenal, don Pedro de Quevedo y Quintano. Un Rector de la Universidad de Bolonia y hasta un Inquisidor General, don Manuel

Quintano Bonifaz, Confesor de Fernando VI, y que hubo de pechar en los días de Carlos III con los vientos de la Ilustración, sin que falten Promotores Fiscales, Arcedianos, Consultores, Magistrados y otros Juristas que alcanzaron gran prestigio. Progenie ilustre de la que podía sentirse orgulloso nuestro extinto colega, pero acerca de la cual no hablaba nunca, o sólo con carácter excepcional, cuando se suscitaba algún acontecimiento histórico que ocasionalmente se relacionara con alguno de sus antepasados.

* * *

Nació el Profesor Quintano Ripollés en Burgos, el 26 de julio de 1905, y parece que durante su infancia fue tan inquieto como travieso, lo que le proporcionó los consiguientes castigos y correcciones, y sin que se observara en él, precoz inclinación al estudio, en el que fatigosamente ascendía gracias al "estímulo" de algún palmetazo y no pocos coscorriones.

Cuando yo le conocí en Oviedo, allá por los años veinte, me pareció inicialmente un muchacho más bien extraño, que vestía de forma un tanto atrabiliaria; pantalones más cortos que los que entonces se usaban, chalina, botines, zapatos y guantes amarillos. Se envolvía en una capa española que parecía de la época de Esquilache, probablemente anterior al famoso motín, y no abandonaba nunca una pipa de espuma de mar, a la que daba incesantes chupadas. El conjunto, como puede suponerse, no era el más a propósito para aventurar pronósticos favorables sobre aquel universitario novel.

* * *

Sin embargo, ya cuando entré por primera vez en su casa, a los pocos días de nuestro ingreso en la Universidad, pude darme cuenta de que estaba equivocado, y que la "fachada" nada tenía que ver con la realidad. Aquel joven de dieciséis años, poseía ya una biblioteca selectísima que evidenciaba aquella pasión por los libros que no le abandonó nunca. La "joya" era una de las primeras ediciones del Quijote, que a sus amigos siempre nos estuvo vedado tocar para no "contaminarla" con las que calificaba festivamente de "manos impuras".

Por entonces, la capital del viejo Principado de Asturias, podía mirar ya mil años atrás, desde sus piedras venerables, donde el Arte y la Historia se abrazaban como las águilas bicéfalas de viejos blasones. Ciudad eminentemente universitaria, porque el legado del Arzobispo Valdés Salas, que fundó la Escuela Ovetense, imprimió carácter a la vida local, irradiando a toda la provincia el abrazo del Alma Mater, y aunque la conmoción de la primera Guerra Mundial comenzaba a sacudir el inmovilismo secular, Oviedo era todavía una constante apelación al espíritu, en sus Ermitas, Monasterios, Iglesias

y Palacios, patinados por el tiempo, y en cuyos muros se reflejaban en la noche las sombras de las luces mortecinas de los faroles de gas.

Ciudad, pues, para meditar y replegarse sobre la propia conciencia, que certificaba en piedra una historia imponente, cargada de trascendencias, y para nosotros, que comenzábamos los estudios superiores, la impresión inolvidable de los ecos de una época gloriosa de la vieja Universidad, y con la constante evocación y recuerdo de nombres estelares, y la presencia permanente de Feijoó, de Jovellanos y de Clarín.

* * *

Así fue nuestro mundo circundante inmediato de aquella época, con la influencia que es de suponer y a la que no cabía evadirse, marco, por lo demás, muy a propósito para cautivar a quien como Antonio, perdónesele la familiaridad, gustaba deambular por los viejos rincones de la ciudad, entre dinteles, soportales y arcos, parándose ante un Escudo, o acariciando una columna, tratando de desentrañar una inscripción, o revolviendo libros viejos y, muchas veces, paseándose por el Claustro de la Catedral mientras su mirada aquilina se perdía en un sarcófago, un capitel, una imagen, un cuadro o una gárgola.

Aunque en aquel tiempo la Universidad ovetense había perdido su resonancia de antaño, contaba, sin embargo, con una pléyade de eminentes Maestros, que tuvimos la fortuna singular que nos dirigieran, orientaran y formaran. De ellos guardamos, todos los que fuimos sus discípulos, un recuerdo imborrable, y pienso que la huella que en nosotros dejaron fue decisiva en nuestra ulterior dedicación.

Quintano Ripollés, no fue oficialmente un estudiante excepcional ni mucho menos, superaba las pruebas de exámenes con facilidad, pero no parecía sentir la menor vocación por los estudios jurídicos, y hasta tal punto es esto exacto que, al terminar la licenciatura en Derecho, pensó seriamente en convertirse en marino, proyecto del que desistió en seguida.

Y puesto en el trance de tener que enfrentarse con el porvenir, preparó, pienso que con desgana, las Oposiciones a la carrera Fiscal, en la que ingresó siendo destinado a la Audiencia de Oviedo.

* * *

Pero como la vida de Antonio, puede escindirse en etapas perfectamente diferenciadas, conviene detenerse todavía en aquellos años de la Universidad que fueron los que moldearon, sin duda, su carácter.

Diré, además, que no resultaba fácil captar su personalidad: de apariencia frívolo y superficial, en la realidad, complicada y trascendental, facetas temperamentales que alternan en mis recuerdos, con el riesgo de que la semblanza no se acomode a la realidad, pero no

creo arriesgar mucho, si digo que sentía avidez por buscar el secreto de las cosas, que poseía una extraordinaria sensibilidad para captar la belleza, un anhelo irreprimible de libertad, y una proyección incansable hacia lo desconocido y lejano, así como una reverencial devoción hacia todos los llamados valores culturales.

La verdad es que Quintano fue un viajero incansable desde la adolescencia. Desde que muy joven visitara París por primera vez, su presencia en la capital de Francia era casi todos los años como una obligación. Personalmente pude comprobar, cómo conocía todos los rincones y, por supuesto, todos aquellos lugares que fueron testigos mudos de acontecimientos de relevancia histórica y cuyas sombras van creando la atmósfera real de una ciudad. Yo creo que le gustaba París por aquello que decía Carlos V en 1539: "Las otras ciudades son ciudades... París es un mundo...".

Aún en aquellos años de estudiante universitario a los que me estoy refiriendo, tuvo ocasión de conocer Italia, que recorrió de Norte a Sur. Marchó por las viejas calzadas romanas, buscando las huellas de un pasado que colmaba su espíritu, llenándolo con las transparencias de la latinidad. Sentía pasión por el Renacimiento, probablemente por aquello del "retorno a lo antiguo" o, quizás, por el culto a la belleza, que dado su temperamento artístico, le entraba a raudales por los ojos, colmando su espíritu con las luces deslumbrantes del Mediterráneo. Después, hasta su muerte, todos los años se ausentaba de España para realizar algún viaje, en un caminar incesante y casi increíble por sus dimensiones espaciales.

* * *

Allá por el año 1933 llegó Antonio a Viena camino de Rusia. El país que cambió el curso de la Historia del mundo con su Revolución, atraía su curiosidad implacable. Unos años antes había estado yo en la capital de Austria, y cuando regresé hablamos mucho de aquella ciudad que, pese al traumatismo de la primera Guerra Mundial, todavía vivía, pensaba y sentía musicalmente. El se reía de mi "romanticismo" que efectivamente rezumaba vales, Archiducos y pistolazos, pero..., ironías de la vida, él tan "clásico", fue precisamente en Viena donde conoció a la que después fue su esposa, la Doctora Juana Heilpern.

Cuando regresó de Rusia traía una tremenda decepción. Solía decirme que vio claramente lo que querían ocultarle. Palabras que daban la medida de su penetración y sentido crítico, que hacía posible que situara siempre cualquier problema en su exacta, específica y concreta dimensión. Naturalmente me habló de aquella vienesa que había conocido, con tal entusiasmo, que comprendí que estaba anemorado...

* * *

Pero un día hubo de cambiar el rumbo de su andar incansable. Debía trasladarse a Alemania. Le habían designado Magistrado del Tribunal Internacional del Plebiscito del Sarre. Lo encontré ocasionalmente en Bonn, hoy capital de la Alemania Federal como es sabido, entonces una ciudad universitaria tranquila y pulcra, asomada al Rhin caudaloso y paternal, con sus mitos, leyendas y romances. Comentamos, como era lógico, la música wagneriana, los amores de Goethe, la tragedia de Beethoven, las leyendas mefistofélicas o los romances de Heine, y también la nueva orientación de Alemania después de el advenimiento del Nacional Socialismo, y cuando Antonio regresó a España contrajo matrimonio, el 8 de junio de 1936, precisamente en el Monasterio del Escorial, con licencia especial.

Desde aquel momento pude observar que se había producido una mutación de trascendencia en el modo de ser de Quintano, aquel hombre que parecía desinteresado de los problemas jurídicos fuera de lo que concretamente le imponía su dedicación oficial, comenzó a sorprendernos con las primeras publicaciones: "Problemas jurídicos de la cuestión del Sarre" y la "Introducción al Derecho público alemán". A partir de entonces van apareciendo una serie de trabajos sobre Filosofía del Derecho, Derecho Penal, o Derecho Internacional, y sucesivamente toda esa obra ingente que nos ha legado, que lo elevó a la cima que alcanzaron los más preclaros juristas contemporáneos. Un centenar de publicaciones por lo menos, constituye la ingente aportación que ha enriquecido la cultura jurídica mundial y que han quedado como pedestal roquero de su paso por la vida y como monumento perenne de sus constantes desvelos.

* * *

No trato de enumerar, comentar o detallar la obra del Maestro. Destaco, sin embargo, que en ella trasciende la lealtad a la vocación docente e investigadora, presentándose siempre como intelectual puro, rindiendo culto a la mayor honestidad científica sin concesiones a la propaganda o a la publicidad, con la mayor naturalidad, modestamente y sin jactancia ni soberbia.

Al llegar a este punto tengo que insistir en la sorpresa que me produjo el derrotero de esta vida, tan asendereada, en su segunda mitad. Me lo explico porque, cuando llegó a la investigación sobre temas jurídicos, poseía ya un bagaje cultural extraordinario, pues conocía bien la Historia, la Filosofía, la Literatura y el Arte, dominando varios idiomas, y el Derecho se le reveló pura y simplemente como un valor de la cultura, por eso, quizás, tituló así el discurso de Ingreso que el 26 de febrero de 1966 leyó en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, y precisamente porque desde la adolescencia se había sentido atraído por todo lo que significara finura de espíritu, y conocía bien el mundo y la vida, pudo superar dogmatismos cerrados, produciéndose respetuosamente con la opinión ajena,

y también con tolerancia comprensiva para cualquier punto de vista doctrinal o ideológico, siempre que fuera correctamente expuesto y razonablemente planteado. Naturalmente, no fue fácil lograrlo, era la consecuencia de una voluntad férrea que dominó un temperamento impetuoso y apasionado y cualquiera que fuera el tono de la controversia o el calor de la discusión, una sonrisa comprensiva, unas palmadas afectuosas o un apretón de manos, eludía posibles derivaciones, discrepancias, o estridencias.

* * *

En el mes de septiembre del pasado año me informaron que Quintano estaba enfermo, y sin saber por qué, ya que la noticia no era concreta, tuve el presentimiento de que se trataba de una dolencia grave; fue, sin duda, una triste y misteriosa corazonada.

Cuando desgraciadamente se confirmaron mis aprehensiones, ya que desde el primer momento en que lo visité tuve la sensación de lo irremediable, experimenté una tremenda conmoción. Durante meses luchó con la enfermedad sin perder la serenidad, o quien sabe si tampoco la esperanza. Su esposa, admirable, que sabía lo inexorable de la dolencia, lo animaba con una entereza verdaderamente ejemplar. Aun en aquellos días superándose a sí mismo, trabajó en el cuarto tomo de su magnífico "Tratado de la Parte Especial del Derecho Penal" y orientaba a su hijo Juan Antonio en sus estudios, mientras yo trataba de minimizar los síntomas, aparentando un optimismo en el que no creíamos ninguno de los dos. Afrontó el tránsito con ejemplar resignación y murió cristianamente el 9 de enero del presente año.

* * *

Victor de la Serna recordaba un día el verso del poeta del *Mio Cid*: "*Mas a gran onrra tornaremos a Castilla*".

Son las palabras del Caballero de la barba vellida al abandonar Burgos camino del destierra. Se las dijo a sus leales: a Marín Antolínez "El burgalés cumplido", a Minaya, Alvar Fáñez.

Yo también, como aquel ilustre escritor, dejo la cita temblando como cuerda de arpa o grímpola de navío. También Antonio volvió a Burgos, con la mayor honra, un día de invierno, cuando las tierras de pan llevar soñaban recuerdos de trigo y amapolas, bajo la nieve que caía incesantemente, en el momento en que el cuerpo sin vida del que fue Ilustre Magistrado del Tribunal Supremo, descendía a las entrañas del panteón familiar, sito en el pueblecito burgalés de Salas de Bureba, donde radica la casa solar vieja ya de tres centurias. En aquel instante quién sabe si la gloriosa legión de antepasados, presenciaba desde el más allá, cómo el vástago de tan ilustre linaje, había sabido también entrar en la Historia por la puerta grande de la Inmortalidad.